

Leo, luego existo

Texto y fotos: **Rafael Castellano**

□ No hay quien pare la tabarra: No leas, los jóvenes no leen. Deja eso, ni lo toques, caca. ¿Para qué lees, si la juventud no lee, si te van a marginar y a hacer búling por bicho raro? Tú atiende, que somos la verdad revelada, a menos que alguien nos financie convenientemente para dejar de serlo. Convéncete, cuando cuente hasta tres, de que la lectura ha muerto. Luego tira este periódico a la basura. No nos compres más: nos harás un favor, son enigmas de la mercadotecnia. Convéncete, antes, de que las ventas del e-book en USA de 2008 a 2009 han crecido en un 176%. Es ciencia porcentual explotada por los insignes doctor Gallup, estadístico, y Hearst, magnate de la prensa. ¿Los frustras por haberlo adquirido? No hay datos. Nunca los habrá. Pero ten por seguro que hemos contrastado nuestras fuentes. Están todas de acuerdo: por algo elegimos a quién llamar. Haz caso, analfabetízate, que es lo trendi, y permítenos que pensemos por ti y que no tengas que esforzarte. Para qué necesitas tantas palabras si todo se resuelve con lo de hacer los deberes, ponerse las pilas, pasar página, hoy toca, la buena noticia-la mala noticia y demás lenguajes únicos utilizados por los ministros y ministras y trasladados al pueblo soberano por los periodistas. ¡Por los pe-rio-dis-tas! No te preguntes nada, nosotros tenemos respuesta para todo. Un libro es algo demodé, carca, pijo, tercermundista y supercutre. Además, engorda.



Esta invasiva hipnosis mediática que prefiere no divulgar, ya puestos a hacer espectroscopias, que cifra arriba-cifra abajo en España hay tantos lectores del “Marca” -de papel- como parados, es letanía cotidiana. Subliminal o descarada, no cesa. Lo más deleznable es que comenzó por la contraria, buscándole a Internet y Google defectos, riesgos y calambres para, en cosa de horas, qué tejemanejes habría por medio, ensalzar la e-literatura y decretar la muerte sociológica del escritor, oficio sin futuro. Se trata, la operación, de incrustar en mentes ya abúlicas el milagro de que van a poder leer sin necesidad de leer. Todo les entrará por vía electrónica, antes ciencia infusa. Podrán prescindir de esos libros de texto ¡carísimos!, gritan las matronas al llegar el comienzo de curso después de unas vacaciones tropicales. (A los patriarcas los dejamos al margen, son minoría heroica los que se ocupan de la marcha académica de su descendencia). Y los comentarios de blog las alientan. Ahora ovacionan la bajada de sueldo del 5% que van a sufrir los enseñantes. Cuyo salario sale de nuestros impuestos, sí. Como el de las casas reales, que son varias, o las nóminas ubicuas de Rosa

Díez, o el sueldo de ese florero con cactus que es Bibiana Aído. Cosa que parece no agraviar a las familias.

He aquí la radiografía de un país: el desdén furibundo por la raíces del saber. Que es que les dejan durante demasiados meses a las criaturas en casa. Es decir, a los abuelos, que para eso están jubilados y no tienen nada que hacer. Así nos va. Así nos irá a muchos. La única esperanza, la autodidaxia. Se imparte en la Cuesta de Moyano y mercadillos similares del gremio: el

del libro de lance.

Depende la tecnoscharlatanería que nos aflige de intereses globales muy alejados de lo cultural, mucho más de lo intelectual, condición que ha pasado a ser insulto. Se intenta, ráfaga a ráfaga, meter interesadamente en 'rehab' a los adictos al volumen de tercera mano. Impreso, por supuesto. Adictos dije, sí: una leyenda urbana madrileña asegura que quienes planean pasar unas horas hurgando en las barracas de esta costanilla tan ilustre, siempre procuran llevar en la cartera lo justo para un par de ejemplares. Cosa de no salir de allí con un saco lleno de libros y el bolsillo vacío. Lo cual los asimila a los ludópatas que van de póker fuerte. Es a modo de comparación.

La búsqueda de volúmenes y tomos náufragos tras un romance que se fue a pique o a raíz de la desarticulación de una familia caída en orfandad y que abomina de heredar libros -ya no se llevan en el diseño de interiores con fengshui-; este rastreo de libros expósitos y venidos a menos cuyo origen bastardo les otorga un caché distinguido ya ha convencido a quienes lo practican de que el ejemplar más superventas, éxito irrefutable según las clasificaciones de los colorines dominicales, rara vez es el más leído. Se puede demostrar, y a ello iremos.

Para mayor paradoja, el libro que figura como el bestseller más mundial en dichos suplementos literarios suele ser, abracadabra, el menos comprado. El ilusionismo de obligar a leer algo -dejémoslo en adquirirlo- voceando que es lo que más se lee es fórmula antigua calcada de los 'hit-parade' discográficos. Antropológicamente, se basa en el gregarismo que deriva al evolucionar (¿involucionar?) el sapiens de la caza al pastoreo: de la acción a la pasividad. También constituye la médula de los programas, sondeos y discursos preelectorales.

OUTLET DE BESTSELLERS

Ocurre que en círculos ágrafos se describen unos a otros el argumento del libro de moda mediante la denterosa pregunta de: “¿De qué va?” Una vez informado en digest del contenido de la obra a partir de una sinopsis de solapa transmitida por la amiga que ha recibido el gran éxito como regalo de cumpleaños, aquél que nunca lo adquirió, mucho menos lo robó o socializó mediante el tocomocho del “me lo prestas” -eso es dandismo de iniciados- ya puede debatirlo en profundidad. Queda, asimismo, la cínica coartada de afirmar: “No pude pasar de la tercera página”; y así, salir airoso en la tertulia.



[REDACTED]

